

la pone en relación con la repercusión en Francia del poder de relaciones internacionales. La revisión extraordinaria que ha traído consigo este punto de vista implica el abandono de la creencia en la misteriosa acción de fórmulas místicas predilectas de los románticos y la aceptación, en su lugar, de este otro criterio: «La historia de cada Estado no se atiene a sus propias leyes sino que está a merced, en última instancia, de la acción fortuita de apetitos de poder que determinan unos y otros Estados». Y la revisión mencionada es trascendental en cuanto los mismos procesos de engrandecimiento y decadencia dejan de explicarse, si este criterio se acepta, de una manera simplista, como una ley de crecimiento por etapas, o como un decreto providencial, y hay que pasar a hacerse cargo de que coinciden, en un mismo pueblo, fuerzas ascendentes con otras igualmente activas que pugnan entre sí y cuya acción se entrecruza.

La concepción artística de la historia

En la concepción de Ranke de la historia, la atención que pone ante la acción de la fuerza y del poder está relacionada con su predisposición artística. Lejos de rendir culto al poder exterior, como lo hacía Maquiavelo, es decir, a la fuerza bruta, a Ranke le mueve su sentido artístico en la estimación de las fuerzas cuya acción descubre en la historia. Es el suyo un punto de vista estético. Se recrea contemplando cada vida, que se conduce de acuerdo con su naturaleza. La fuerza de un pueblo es para él un bien valioso, aun cuando no esté puesta al servicio de la humanidad, o de la nación, o de otra finalidad digna de anteponerse. Pone en duda la aserción tan problemática según la cual es la cultura el único contenido de la historia del mundo. Le atraen a Ranke todos los testimonios de la vida en sus orígenes; pero no hay que olvidar que en Ranke, a diferencia de Droysen, por ejemplo, la cotización de la fuerza depende de sus *manifestaciones espirituales*; Ranke podría decirse que cotiza más la fuerza cultivada que no la fuerza bruta.

La psicología en Ranke

Las dotes artísticas de Ranke se aprecian mejor aún en la devoción que siente ante el carácter de las individualidades. Nunca resplandecen tanto las dotes de Ranke como cuando persigue la *evolución de las ideas* o investiga la *influencia de las relaciones mundiales* en la vida de un pueblo: entonces se aprecian los frutos que la psicología da a la historia, cuando el historiador está bien dotado.

Hay en este aspecto —culminante— de la personalidad de Ranke algunas analogías con los románticos en cuanto gustan a Ranke el color y la frescura de la vida; pero no puede olvidarse lo que les separa; les separa lo que la psicología enseña. Mientras que los románticos visten muñecos con atavío histórico, con traje de época, penetra Ranke en la interioridad de los seres que estudia y describe. No descuida el color local, pero no se limita a observarlo; más que el traje le interesa el hombre.

Pocos escritores antes que Ranke, y menos historiadores, han puesto tanto empeño en descifrar los rasgos de sus personajes. No cesa en su afán de introducirse en la vida espiritual de los que le atraen, hasta que se adueña de las últimas determinaciones de

su conducta. Poseía Ranke en alto grado la capacidad admirable de penetrar en las sensaciones y sentimientos de otros hombres; perseguía hasta sus orígenes sus pensamientos, no sólo ante lo que realizaban sino incluso ante lo que proyectaban; adivinaba sus intenciones y claro está que éstas están en menor grado a merced de las circunstancias cuando se proyecta una cosa que cuando se realiza.

Los tipos humanos que más le atraen son los representantes de una *religiosidad ilustrada*. No es raro, ni sorprendente, por lo mismo, que en la portentosa galería de retratos de sus obras, destaquen los de Papas de los siglos XVI y XVII (los siglos que mejor conoció) pues en ellos encuentra tipos como él mismo, mitad devotos, mitad intelectuales.

Las fuentes de Ranke

Importa mucho hacerse cargo de que un historiador para el cual *tanta importancia tenía el análisis psicológico* no podía contentarse con utilizar cualquier género de fuentes. Para sorprender el alma del hombre tiene que entrar en contacto el historiador con sus inmediatas exteriorizaciones; con fuentes, diríamos, de primera mano. Sólo ante ellas puede buscar las intenciones del personaje. Esta exigencia ineludible trajo consigo una revisión de las teorías hasta entonces dominantes acerca del valor de las fuentes históricas*.

Ramón Carande

**Dos cuartillas de R.C. que encuentro entre las páginas del Burckhardt, La cultura del Renacimiento en Italia, traducido por José Antonio Rubio Sacristán. Escelicer, Madrid, 1941. B.V.C.*



Carande, por Eduardo Vicente (hacia 1960)